

Uno, sin embargo, se distinguió en esta parte sobre todos, y fue el popular y amabilísimo lego, cuya vida vamos á referir en el capítulo siguiente.

VII.

FRAY PEDRO DE GANTE.

¿Conoceis el canal que une la laguna de Texcoco con lagunita de san Lázaro? ¿Habeis entrado alguna vez en una canoa y caminado desde el embarcadero hasta el *Cubito*, deslizándoos muellemente por el agua aprisionada entre las dos orillas cubiertas de matorrales? ¿Seria posible que no hubiéseis visitado los baños del Peñon, del Peñon que no lejos de allí se levanta como una pirámide egipcia?

Pues bien, toda esa superficie, de aspecto adusto y desolado, cubierta de efflorescencias de sosa, que se dilata á uno y otro lado del canal, no existia en los primeros años que siguieron á la conquista, y en su lugar se veian espejear las salobres aguas del lago, que estendia sus brazos cristalinos para ceñir á la ciudad mas bella del nuevo mundo.

Por aquella superficie, entonces tersa y brillante como el escudo de un héroe de Homero, bogaron los bergantines que mandò construir Cortés y que tan poderoso auxilio le dieron para la toma de Méjico; en la misma se hundió destrozada la flota azteca despues de combatir heróicamente por la libertad de la patria, mientras las olas verdinegras se estrellaban contra las rocas porfiríticas del Peñon, que aparecia como un escollo, ó como el rostro de un titan asomando entre las aguas; y por ella tambien en un dia de júbilo, despues de tanta desventura, despues de tanta humillacion, se veia resbalar engalanada y risueña otra flota compuesta de canoas y chalupas, que no se

preparaba á ningun combate, y que en lugar de envenenadas pasiones solo encerraba corazones agradecidos.

I.

Hermosa está la mañana.

• El sol, que ha caminado apenas algunas horas en su carrera estiendo sus rayos benéficos por el espacio, dando lustre y vida á todos los séres, como el alma radiante de la creacion.

Todo á su presencia parece nadar en una atmósfera embriagadora de bienestar inefable.

La selva de pinos y madroños que forma la magestuosa vestidura de las montañas; los fresnos y sauces del valle, de cuyos troncos henchidos de savia brotan tiernos y graciosos renuevos; las aves que cantan cerca del nido situado en la parte mas recóndita del follaje, adonde apenas penetra un rayo de luz; el insecto de dorso azul y alas tornasoladas que zumba entre las mil florecillas silvestres de la llanura; el lago por allá tranquilo y silencioso, y mas acá ligeramente agitado, deslumbrador, armonioso, con sus innumerables y pequeñas olas, lenguas de luz que cantan, rien, suspiran y hablan entre sí, se persiguen, se chocan y confunden incesantemente; todo, todo en el gran cuadro que se ofrece á la mirada, se siente envuelto en el suave ardor del entusiasmo, y gozándose en la posesion de una felicidad imperturbable, no respira mas sentimiento que amor, ni tiene otra voz que armonía. ¡No! esta hora no es la del éxtasis de la naturaleza, no es el crepúsculo; es el momento de animación, es el momento de superabundancia de vida, de goce infinito, de regocijo sublime, de afecto apasionado, de himno universal!

II.

Entre tanto, bogan ligeros los esquifes de que se compone la flota, surcando armoniosamente las aguas al compás de los remos, de los cuales se desprenden gotas cristalinas.

¿A dónde se dirigen? ¿qué fiesta los atrae al centro del lago? Las matronas y las doncellas van sentadas á la popa, coro-

nadas de flores; los jóvenes reman, y los ancianos llevan ramilletes en la mano. Todos son mejicanos.

Arriban á orillas del Peñon; mas no se detienen. Su vista indagadora busca á lo lejos un objeto, un objeto que esperan con ansia, y que tan pronto creen descubrir, como se les pierde en la línea indecisa que forma el límite visible del lago.

—¿Nos habrán engañado?

—¿Habrá diferido para otro día su venida?

—No sino que la canoa en que viene, ha de ser muy pesada.

—¿Malos remeros!

—¿A qué hora llegará nuestro padre!

—Si tarda mas, el sol va á molestarle demasiado.

No bien se ha pronunciado la última de estas espresiones, cuando se escapa una voz de triunfo de labios de un joven que va en la canoa delantera.—¿Ya viene!

—¿Sí, ya viene! esclaman varios á un tiempo.

Y á estos gritos siguen otros mil que casi ahogan los acentos de las músicas producidos por instrumentos poco tiempo antes desconocidos de los naturales, y que ahora tocan con destreza.

La armonía y los discordes gritos se perdieran en el espacio, si no fuera por el Peñon, en cuyas laderas hallan un eco fiel é instantáneo.

III.

Al principio se deja ver un punto negro inmóvil en el confín plateado: ¿es un ánade ó es una barca?

Poco á poco su forma va tomando mas bulto.

Tan pronto parece alzarse como sumergirse en el agua.

Es una canoa que avanza ligera, y ya se distingue el movimiento de los remos.

La flota se mueve con gentileza, y redoblan la algazara y los conciertos de las músicas.

—¿Oh! cuánto tardaba, esclaman los ancianos.

—Ahora sí, ya viene nuestro padre, y vosotros tornareis á la escuela, dicen las madres dirigiéndose á los niños que juegan á su lado.

—¿Enhorabuena! contestan estos, y sonriendo complacidos se hacen entre sí diversas preguntas:

—Y tú ¿qué sigues aprendiendo luego que sepas leer y escribir?

—Yo aprenderé á contar, ¿y tú?

—La música, la música que tanto me agrada.

—Es mejor un oficio de carpintero ó de herrero.

—Es oficio de españoles; yo mas quiero irme á labrar el campo de mis padres.

—¿Y qué vida vas á pasar en tu pueblo!

—Mejor que la que tú pases en la ciudad.

—Allí no verás las fiestas de San Francisco, que son tan galanas.

—Veré las fiestas de mi lugar.

—Y si te fastidias de vivir allí!

—Nadie se cansa de vivir en la tierra donde nació y donde tiene su padre y su madre.

—Pero nuestro padre quiere que todos cuando grandes vivamos en Méjico, y por eso nos enseña oficio de españoles.

—No, lo que quiere es que cada cual tenga medios para ganar su pan en donde quiera se encuentre.

—Oh! ya se acerca! dicen muchas voces en coro: ¡miradle!

Y en efecto, la barca de forma equívoca no ha mucho, está ya á poca distancia de la flota.

Viene en ella un anciano religioso de San Francisco, y al notar que la muchedumbre de canoas que tiene á la vista, se mueve en masa para salirle al encuentro, se pone en pié apoyándose en su báculo.

—Hijos míos, dice en muy buen mejicano, hijos míos, ¿por qué haceis esto conmigo! ¿no fuera mejor habernos visto hasta Méjico! ¿para qué molestaros!

Y en este instante todas las canoas ya se ven en torno de la que él ocupa.

Cesan de repente las músicas, cesa la vocería; y en medio de un silencio solo interrumpido por el sonar de las olas que acarician los lados de las barcas, se deja oír la voz de un anciano cacique que en actitud respetuosa pronuncia delante del franciscano una alocucion de bienvenida.

Esa voz es tierna é insinuante como la voz de un padre lleno de esperiencia que da sabios consejos á su hijo; esa voz recuerda las arengas que en otro tiempo pronunciaban los embajadores aztecas en el palacio y ante el monarca á quien iban á

felicitar por algun fausto suceso á nombre de sus soberanos; voz solemne y apacible, hija de la amistad, espresion de benevolencia, que hacia esclamar al objeto del agasajo, en respuesta al embajador:

“Fragantes son los ecos de tus labios
Como las olorosas clavellinas;
Tesoros viertes cual las ricas mitas,
Y son preciosos tus consejos sabios
Como las piedras finas.”

Recuerda el anciano cacique todos los beneficios de que es deudor el pueblo al buen religioso; siente placer en referirlos con todas sus circunstancias, con todos sus pormenores; promete en su nombre y de todos los mejicanos que la memoria de esos beneficios será eterna en los corazones; y haciendo una conversion á los dias mas risueños de su juventud, concluye asegurando que jamás ha experimentado mayor gozo que el que siente en este instante al recibir á tal personage y en presencia de tal espectáculo.

El religioso contesta en términos breves y espresivos, y estrechando contra su corazon al cacique y á todos los de la comitiva, llega á tal punto su emocion, que le priva del uso de la palabra; dirige al cielo sus miradas y vierte lágrimas de ternura.

IV.

Veamos qué pasa entre tanto en la ciudad.

La gente que puebla las calles y la que está reunida en el llano ó plaza de San Lázaro hace mil comentarios acerca de los hechos que acabamos de referir.

—Dicen que hoy llega.

—¿Quién?

—Quien habia de ser, Fr. Pedro.

—¿Fr. Pedro de Gante?

—Ya, y por eso los naturales están tan regocijados, que no parece sino que han ido á recibir á uno de sus antiguos señores.

—Razon les sobra: ¡es tan bueno Fr. Pedro!

—Sí, mas parece que antepone los indios á sus propios paisanos.

—Merecida aficion por cierto.

—No es compatriota nuestro, que es de la tierra del emperador. Tampoco Su Magestad ve en todo por nuestro interés, y ya por ahí se dice que va á mandar quitar las encomiendas. Fr. Pedro hace sus veces en la tierra, quitándonos el amor que los naturales era justo nos tuvieran.

—Fuera justo cuando vosotros los encomenderos los tratáseis como Fr. Pedro. El los acaricia como á hijos; ha puesto escuelas para los niños, donde los enseña á leer y escribir, es su maestro en la música, y ha conseguido que muchos hayan aprendido á tocar varios instrumentos, que ya es maravilla ver cómo offician en la iglesia; por él ya saben todo género de industrias, y han salido hábiles en las artes mecánicas, como pocos artifices de España. Y vosotros ¿qué habeis hecho por su bien? Ni la doctrina les enseñais, con ser obligacion de todo cristiano viejo enseñarla á sus sirvientes, y mayormente cuando la condicion con que os los da Su Magestad en encomienda es, que los habeis de asistir y atender en todo lo que mira á su salud espiritual. Con que no portándoos con ellos como padres, razon tienen en amartelarse de Fr. Pedro, dándole un corazon que vosotros no habeis sabido grangearos.

—Si les mostrásemos cariño se rebelarian contra nosotros creyendo que era de miedo: son de mala condicion.

—Al contrario, apenas haya gente en el mundo de mejores entrañas y de condicion mas apacible.

—Poco, segun veo, los conoceis.

—Converso y trato con ellos muy á menudo, y vos sois quien poco los conoce.

—Han menester ser gobernados con rigor. Nos quieren mal, que no pueden hasta ahora perdonarnos la conquista de sus reinos, y he oido, yo, que les entiendo su lengua, mil blasfemias y juramentos contra los españoles, en todas las conversaciones que tienen entre sí, sobre todo cuando recuerdan la muerte de su último monarca, y la matanza que hizo de sus principales caciques, D. Pedro de Alvarado. No hay que dar crédito á los frailes en todo lo que de ellos cuentan, que por mi parte apenas me voy convenciendo que son hombres capaces de sacramentos.

—Pero vos habeis perdido el seso!

—Eso de que pueblos enteros vienen á la fe, los siguen por todas partes, quiebran los ídolos, derriban los templos del demonio, y otras mil proezas, cuéntenlo allá á los bobos.